

Opinión

Jessica M. Igor
Chacano



*Periodista y Licenciada en Comunicación Social
Mg. en RRII (Universidad del Salvador)*

Del feminismo a la sororidad pendiente: Luces y sombras del avance femenino en el Siglo XXI

Nunca antes habíamos hablado tanto. Nunca antes habíamos marchado tanto. Nunca antes habíamos conquistado tanto. Y, sin embargo, aquí estamos, todavía peleando batallas que creíamos superadas. A más de dos décadas de iniciado este siglo, las mujeres hemos conseguido abrir espacios, levantar la voz frente a abusos e injusticias y ampliar nuestros derechos como no lo habríamos imaginado hace apenas algunos años. Pero mientras avanzamos hacia afuera, todavía tropezamos con los obstáculos que cargamos dentro, como el machismo heredado, la competencia absurda y la falta de sororidad.

Porque sí, hemos conquistado mucho. Hoy tenemos leyes que protegen a las víctimas de violencia de género, protocolos para denunciar abusos en espacios laborales y académicos, y un respaldo social que antes no existía. Ya no somos las mismas mujeres que aguantaban en silencio. Hoy ocupamos cargos públicos, lideramos movimientos sociales, denunciarnos en tribunales y en redes sociales, y nos negamos rotundamente a aceptar que callar es la única salida. El feminismo, con todas sus vertientes y matices, logró instalarnos en el centro de la discusión pública. Pero cuando miramos de cerca, entre nosotras, no todo es tan claro ni tan limpio.

A veces me pregunto si realmente hemos comprendido lo que significa la sororidad. Si de verdad estamos dispuestas a tender la mano a la otra cuando la vemos caer. Porque, así como hemos derribado estructuras machistas que parecían inquebrantables, también hemos sido testigas —y protagonistas, aunque duela decirlo— de cómo entre mujeres nos saboteamos, nos juzgamos y, peor aún, nos violentamos.

Me ha tocado verlo y escucharlo. Mujeres que minimizan el abuso que sufrió otra colega porque "a mí nunca me pasó" o porque "a mí siempre me ha tratado bien", o peor aún, frente a lo que ha sufrido una familiar, vecina o amiga, que "debió hacer silencio" o "por qué lo provocó". Mujeres que cierran filas con agresores por miedo a perder beneficios personales o simplemente por cálculo político. Mujeres que prefieren competir antes que colaborar. ¿Es que acaso pensamos que repetir las mismas lógicas patriarcales, pero con faldas, nos hace distintas? ¿O será que todavía llevamos dentro la marca indeleble del machismo que nos enseñaron desde niñas?

Se habla muy poco sobre el sesgo machista de las mujeres, ese lado oscuro que preferimos no reconocer y esconder bajo la alfombra. En lo cotidiano lo podemos distinguir como celos, envidia o rivalidad. En investigaciones científicas, en cambio, se dice que es parte de la heurística, por lo tanto, inconscientemente asociamos a lo masculino con el raciocinio, con el hacer las cosas bien, con el éxito y con el liderazgo. Por ende, nos predispone a desconfiar de las capacidades de nuestras pares femeninas.

No nos gusta hablar de esto porque incomoda. Porque nos enfrenta con nuestras propias contradicciones. Pero si queremos que los cambios sean reales, también tenemos que hacer cargo de estas grietas internas. La lucha no se gana sólo en la calle ni en los discursos públicos. También se gana en la práctica cotidiana, en la empatía real, en la capacidad de reconocer el dolor de la otra como propio, aunque no nos caiga bien, aunque piense distinto, aunque no sea parte de nuestro grupo.

La historia nos debe mucho, es cierto. Pero también nos debemos entre nosotras. Nos debemos respeto, apoyo y, sobre todo, coherencia. Porque tal vez el gran desafío que nos queda pendiente no es sólo vencer al machismo de siempre, sino desarmar el que llevamos dentro. Ese que nos susurra al oído que la otra es una amenaza, que no merece nuestra ayuda, que su dolor no es tan legítimo como el nuestro.

Y mientras no logremos erradicar ese machismo internalizado, la sororidad seguirá siendo un discurso bonito, pero incompleto. Porque de nada sirve gritar juntas en la plaza si puertas adentro seguimos siendo verdugas unas de otras.